PALAEOHISPANICA
revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua
2021 | I.S.S.N. 1578-5386
DOI: 10.36707/palaeohispanica.v21i0.421

Javier de Hoz

Mª Paz García-Bellido, de De Hoz

Estas palabras, como palabras, fueron hiladas para dar las gracias en el acto de homenaje que los colegas de Javier ofrecieron durante este coloquio de Loulé. Se trataba allí de agradecer en mi nombre y en el de mis hijos esta *laudatio* hecha por sus amigos. No fui capaz de pronunciarlas y ahora, tal y como habían sido pensadas para ser dichas, las dejo escritas. No voy a hablar aquí de su labor científica y académica; ya lo han hecho Vds., pero sí me gustaría dar algunas pinceladas más sobre la otra mitad de su vida, la familiar.

Jesús Javier de Hoz Bravo era hijo de Jesús de Hoz, un hombre hecho a si mismo, salido de un pueblo de Segovia y que llegó a ser el secretario de Antonio Maura y luego director de la compañía de seguros Omnia. Un hombre muy recto que quiso dar a sus hijos una educación con las mismas exigencias que las que él había tenido, pero con los medios de los que él no había dispuesto. Inés Bravo, su madre, pertenecía a una familia burguesa, con cinco hermanos, y cuyo padre era aparejador en un momento en el que en Madrid se construía mucho. En 1933 acabó un inmueble en Sta Engracia en el que vivió toda la familia, donde Javier nació y de donde salió para casarse. La madre era una gran lectora y facilitó siempre las ansias de libros que Javier tuvo desde muy niño. También era una gran cocinera, quizás la que despertó en Javier ese gusto vitalicio por comer bien. La relación con su único hermano, Juan Manuel, fue excelente a pesar de la diferencia de edad —11 años— y de la disparidad de caracteres, y fue bajo su amparo cuando Javier se inició y aficionó al atletismo. Sin duda, insistido por la familia comenzó la carrera de Derecho pero tras dos meses de curso decidió pasar a la Facultad de Filosofía y Letras.

Javier y yo éramos compañeros de segundo curso de Comunes en Madrid en 1959 aunque de distintos grupos, y no nos conocíamos sino de los pasillos azules o verdes que recorríamos entre clase y clase, y yo a él por lo peculiar de su peinado que había merecido varios adjetivos, entre ellos el de "Pelópidas". El azar hizo que en aquel año de 1959 ambos fuésemos invitados a una fiesta de puesta de largo —quizás ya la última de ese tipo que se celebraba en Madrid— de una compañera de clase. Una fiesta a la que ninguno de los dos pensábamos ir pero alguna divinidad debió de empujarnos pues fue entonces cuando se inició lo que sería andando el tiempo nuestra vida en común. Recuerdo que aquella noche muchos acabamos tomando chocolate con churros en San Ginés, allí donde luego hemos vuelto Javier y yo algunas veces en recuerdo de nuestra primera salida. Ese mismo verano fuimos juntos a Francia, en un interminable viaje con cambio de frontera en Hendaya, los dos a mejorar el francés, yo a una familia a Bretaña y Javier a París al Colegio de España. Viajes de aprendizaje de lenguas que repetimos varias veces luego en Inglaterra.

Javier eligió la sección de Filología Clásica y yo la de Historia a pesar de la insistencia por su parte y por la de mi familia de que cursara clásicas, pero es cierto que ambos acudíamos a clases de la otra especialidad: yo a algunas de Francisco Rodríguez Adrados y de Luis Gil, y Javier a alguna de la rama de Historia, como por ejemplo la asignatura de Historia de las Religiones que impartía D. Santiago Montero Díaz; en realidad solo acudió el primer día porque entró tarde, con una amplia sonrisa y con el aspecto de estar ausente. Montero le preguntó qué a dónde iba a esas horas y Javier tras pensarlo mucho respondió que a clase y Montero le dijo, acompañando las palabras con un gesto que indicaba la puerta, que volviera en septiembre. En esos años Javier fue delegado de Facultad y organizó unos cursos de Introducción a la Ciencia para los que invitó a profesores jóvenes de otras facultades que nos hablaron de energía nuclear, de moléculas y de otros diversos temas científicos. Se celebraban en el Paraninfo de la Facultad y gozaron de un gran éxito de público.

Javier hacía, en los campos de la Ciudad Universitaria deporte, especialmente atletismo como su hermano Juan Manuel, quien fue durante muchos años Presidente de la Federación y por lo tanto un proselitista acérrimo. Javier participaba sólo en carreras de velocidad, de 100 metros. Había sido campeón universitario (fig. 1) y eso le valió el que le convalidaran la Gimnasia, una asignatura que junto a la de Religión y Política llamábamos las Marías.

Tras aprobar estas últimas que había ido dejando para el final, D. Francisco Rodríguez Adrados le propuso ser ayudante de griego, y entró en la plantilla en el mismo septiembre de 1962, recién presentada la tesina sobre *Hidronimia Prerromana Indoeuropea de la Península Ibérica,* su primer trabajo sobre lenguas paleohispánicas.

Fig. 1. Campeonato universitario. Madrid, Ciudad Universitaria 1958.

Nos casamos en 1964 gracias a dos becas para la Formación del Profesorado, becas de duración anual, aunque prorrogables un segundo año. Javier la solicitó con el Prof. Rodríguez Adrados, que era catedrático del Instituto Cardenal Cisneros y yo con D. Ramón Ezquerra del Instituto Miguel de Cervantes. Junto a su ayudantía, que rara vez implicaba docencia, y el trabajo presencial y docente a veces de la beca en el instituto, Javier redactaba ya su tesis doctoral sobre *La Estructura de la Tragedia en Esquilo* que leyó en 1965, dedicada al Prof. Rodríguez Adrados, quien realmente había sido y lo fue siempre un padre para Javier. Antes de su lectura nació nuestra primera hija, Mª Paz, que seguiría el camino de su padre y con quien tan gratas discusiones ha mantenido toda la vida. Durante aquel curso el mismo D. Francisco recogía con el coche, en la boca del metro de Argüelles para bajarlos a la facultad, a Jesús Lens y a Javier de Hoz, que siempre le hacían esperar en segunda fila

ante la indignación del benefactor; es cierto que ellos también sufrían porque D. Francisco conducía mal, muy mal. Unos y otros avatares forjaron una amistad entrañable entre los tres, quizás influida por el hecho de que Jesús y Javier fueron de los primeros discípulos de esa pléyade que luego formarían los "Adrádidas". Siendo ya doctor, en 1965 fue nombrado profesor adjunto pero por poco tiempo pues en 1967 salieron, después de siete años sin convocatorias, unas oposiciones para cubrir las cátedras de Filología Griega de Granada y Sevilla y Jesús Lens y Javier de Hoz se presentaron a ellas. Sacaron los primeros números y con ello nos fuimos todos a Andalucía, nosotros durante dos años y medio a Sevilla y Jesús Lens para siempre a Granada (fig. 2).

En Sevilla, durante los meses de mayo y junio de 1967 y antes de trasladarnos allí, Javier vivió en el colegio mayor Hernando Colón donde conoció a Javier Lasarte, adjunto de derecho financiero y tributario, y recién doctorado en Bolonia, quien llegaría a ser el primer presidente del Consejo de la Defensa de Consumidores y Usuarios. Con Javier Lasarte disfrutamos de una gran amistad en los años siguientes y, ya casado él con Maribel, iríamos a Roma unas Navidades, y en otra ocasión gozaríamos juntos del impresionante espectáculo de una almadraba en Zahara de los Atunes. Javier, además de elegir nuestra futura vivienda, un chalet construido para la exposición internacional de 1892 en Heliópolis, donde nosotros llegamos ya con dos hijos pues Alejandro había nacido en septiembre de 1967 en Asturias, Javier aprendió a apreciar las cualidades de la ciudad y una de ellas era, según me dijo en nuestra primera conversación telefónica, que allí el tocino de cielo se vendía por metros, en una pastelería que se llamaba La Campana.

Fig. 2. Cena de la oposición de cátedra, Madrid 1967. Izq. Martín Ruipérez, José Alsina, Abelardo Moralejo, Javier De Hoz, Francisco Rodríguez Adrados y Jesús Lens.

Javier creó la sección de Filología Clásica con el apoyo de López Quíndel, catedrático de Latín ya entonces en Sevilla, y con la ayuda mayor en

ámbitos ministeriales de D. Francisco. La dotación, como excepcional, que el Ministerio de Educación y Ciencia proporcionó para la creación de un nueva especialidad, fue de 150.000 pts, pero con la condición de que no se gastase en libros sino en bienes no inventariables, como lápices y papel, de manera que Javier aprendió allí a hacer camino al andar. Recuerdo que la librería Alhambra era ágil y cumplidora. Durante su estancia en esa universidad, fundaría junto a José María Luzón la revista *Habis* que goza hoy todavía de una muy buena salud. Con José María y con Antonio Bonet hicimos muchas excursiones arqueológicas por las sierras de Huelva y la provincia de Cádiz, y fue entonces también cuando la arqueología se despertó entre los grandes intereses de Javier como materia fundamental para sus comentarios de texto, gracias a los viajes, amistades y lecturas sobre el territorio en el que vivíamos.

Nuestros años en Sevilla fueron felicísimos por las amistades, el clima y las excursiones, pero Javier echaba de menos una buena biblioteca de clásicas y la escasez de medios le obligaba a frecuentes viajes a Madrid para completar o empezar sus trabajos, y por ello cuando se presentó la oportunidad de trasladarse a Salamanca donde habían quedado vacantes las dos cátedras de D. Martín Ruipérez y de D. Luis Gil no lo dudó. Jesús Lens y Javier de Hoz volvieron a aceptar el reto de presentarse juntos al concurso para cubrir los dos sillones salmantinos. Ambos fueron invitados a dar unas conferencias y salieron entusiasmados del seminario y de las bibliotecas, y pensaron en presentarse al concurso de acceso, pero Jesús Lens finalmente decidió quedarse en Granada donde siguió su vida académica y donde fallecería demasiado pronto, en 1998.

Fig. 3. Koldo Michelena y Javier de Hoz, Vitoria 1985, IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas.

Fig. 4. D. Ellis Evans y Javier de Hoz, Tubinga 1976, II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas.

Javier iniciaba así su larga etapa en la Universidad de Salamanca, etapa inmensamente fructífera para su carrera científica, donde tuvimos nuestro tercer hijo en 1972, Livia, y donde yo presenté mi tesis doctoral en 1978. Es allí cuando su investigación da el giro más agudo hacia las Lenguas Prerromanas, quizás porque entabla una gran amistad con Koldo Michelena (fig. 3) con quien publicará el primer libro sobre *El Bronce de Botorrita* y, sin duda también porque el territorio es propicio para ese tipo de estudios ya iniciados por Antonio Tovar, Mª Lourdes Albertos, Manuel Palomar Lapesa y por Jürgen Untermann con quien entonces comenzará nuestra amistad. Es en 1974 con Francisco Jordá y Luis Michelena cuando organiza el primer coloquio de Lenguas y Culturas prerromanas que fue un éxito entonces por la internacionalidad de los invitados y porque se contempló el estudio, no solo de las escrituras y lenguas sino de las culturas de la Hispania prerromana, en el que se incluía las históricas, arqueológicas y numismáticas, aunque es cierto que con un mayor protagonismo de las primeras, esto en unas fechas en las que la dirección de la ciencia estaba enfocada hacia una cada vez mayor especialización disciplinar (figs. 4 y 5). Hoy aquí en Loulé en 2019 se ha celebrado la XIII sesión de aquellas iniciadas en Salamanca en 1974, reunión ésta en la que Javier ha estado muy presente, primero por ser el presidente de la comisión durante sus preparativos y, en último momento, por este inolvidable homenaje que Vds. le han rendido.

Fig. 5. Izq. Carlo De Simone, Jürgen Untermann y Javier de Hoz, Lisboa 1980, III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas.

En nuestros veinte años de vida en Salamanca tuvimos cuatro grandes amigos, y lo digo en plural porque fue una amistad de parejas gracias en parte a la similitud de las edades de los hijos, lo que nos imponía a todos un mismo régimen de vida; éramos Javier Coy, catedrático de Lengua y Literatura inglesa y su mujer Curri Girón, José Antonio Pascual, catedrático de Lengua Española y su mujer Carmen Olaguibel y nosotros (fig. 6). Esta amistad facilitó el que los dos Javieres organizaran coloquios interdisciplinares, sesiones que se publicaron en dos volúmenes con el título *Estudios sobre los Géneros Literarios,* y que José Antonio Pascual y él dirigieran unas jornadas sobre las Lenguas de España que tuvieron un gran éxito por la novedad del tema, entonces. Poco después llegaron a Salamanca Francisco Tomás y Valiente y Víctor García de la Concha con quienes tuvimos muchas ocasiones de charlas en comidas y cenas domésticas, actos muy frecuentes y en algunos casos tensos y expectantes porque coincidieron con los meses de agonía de Franco y de la inmediata transición. Más tarde llegó Francisco Villar como catedrático de Lingüística Indoeuropea desde Madrid, quien se refugiaba en nuestra casa para la comida

de los martes, y esos días las charlas en la mesa, de temas ajenos a los habituales de nuestra casa, hicieron la diversión de nuestros hijos quienes oyeron, por primera vez, hablar de la posible realidad de los ovnis y yo aprendí muchísima lingüística, como las diferencias gráficas entre sordas y sonoras para los sonidos fricativos, que llevarían a que la *sekaisa* de las monedas se convirtiera en la *Segeda* de los textos históricos (fig. 7).

Fig. 6. Izq. José Antonio Pascual, Javier de Hoz y Javier Coy, Salamanca 1984.

Fig. 7. Izq. Francisco Rodríguez Adrados, Francisco Villar y Javier de Hoz, Yecla de Yeltes, Salamanca 1999, VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas.

En 1978, Alemania concedió la beca Humboldt que Javier había solicitado para pasar un año entero en Tubinga, haciéndolo coincidir con el primer año sabático que otorgaría la Universidad de Salamanca en su larga historia. Gracias a nuestras amistades en Tübingen podíamos contar con un agradable alojamiento en una casita de la Steinlachallee, dos plazas en un *Gymnasium* para los dos hijos mayores, otra en una escuela para la pequeña, y yo permiso para trabajar en el Instituto Arqueológico de la Universidad. Estando las maletas prácticamente cerradas, el rector de Salamanca comunicó a Javier que el ministerio no autorizaba el año sabático ya concedido, por tratarse de una novedad de Salamanca que no se había implantado hasta entonces en ninguna otra universidad española y que, por lo tanto, había de anularse el permiso. El rector no defendió su loable decisión de iniciar los años sabáticos en su universidad y Javier decidió, ante el escándalo de amigos y familia que veían el peligro de esa desobediencia, que nos íbamos a Tubinga. La estancia allí fue una experiencia excepcional para todos pues Javier encontró la mejor biblioteca sobre temas orientales, especialmente fenicios, que jamás hubiera visto, y ese atractivo le llevó a iniciar su formación en un campo del que tanto disfrutó y del que tanto jugo ha sacado luego en su investigación. En ese año se forjó su interés por el nacimiento de las escrituras en Oriente, tema que ha tratado en muchas ocasiones y que le ha permitido defender el origen fenicio de la nuestra más antigua, la escritura del SO. Allí los niños aprendieron mucho, no sólo la lengua alemana. Fue un año feliz para toda la familia gracias a la atención de amigos como los Tovar, los Gamer, los Oroz o Manfred Faust en la propia ciudad, y a las visitas frecuentes a los Untermann, a los Schmidt, a los Galsterer y a los Koch (fig. 8). En el Instituto Arqueológico de la Universidad, dirigido entonces por el Prof. Ulrich Hausmann y ayudada por el Dr. Dietrich Mansperger terminé mi tesis doctoral y marché en diciembre a leerla a Salamanca. Javier había sido desde el comienzo de la redacción una inmensa ayuda, intelectual, moral y física.

Años después Francisco Jordá le pidió a Javier que le acompañara como vicedecano en el desempeño de su decanato, aunando así un catedrático de la sección de Filología a la suya de Historia para una Facultad de Filosofía y Letras, y así acreció la amistad con los Jordá y con ello las excursiones arqueológicas a las que nos sumábamos siempre. Además se unieron a nuestro círculo alumnos y discípulos que llegarían a ser grandes amigos como Gaspar Morocho, José Antonio Fernández Delgado, Julián Méndez Dosuna, éste último discípulo de Antonio López Eire, y Joaquín Gorrochategui, hoy día

presidente de estos coloquios, quizás el colega más cercano a Javier en los últimos años de su vida, discípulo entonces de Koldo Michelena.

Fig. 8. Izq. Joaquín Gorrochategui, Rolf Ködderitzsch, Javier de Hoz, Karl Horst Schmidt. Colonia 1989, V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas.

Separadas la dos facultades Javier fue elegido en 1981 decano de Filología y dirigió la facultad en un ambiente distendido, grato y, a lo que parece, fructífero para la propia facultad. Sin embargo, cuatro años después dimitió fulminantemente a causa de un acto indigno llevado a cabo por un profesor de su facultad, acto que no fue atajado por el rector de la Universidad a pesar de la solicitud de la propia Facultad.

Además del quehacer del decanato Javier trabajó entonces como nunca en su investigación, tanto en el campo del griego como en el de las lenguas prerromanas. Aunque antes en Sevilla y Salamanca había desempeñado direcciones de departamento, este decanato fue la única vez que Javier aceptó cargos de gestión de mayor responsabilidad, a pesar de algunos ofrecimientos, seguro de que le iban a mermar calma y tiempo de lo que más le interesaba, la investigación y, en los último tiempos, la docencia, y digo en los últimos

tiempos porque en los primeros años Javier la llevó mal, convencido de que no daba las clases al nivel de comprensión necesario y de que los alumnos no seguían bien sus exigencias. Ello parece ser cierto, pero también lo es el hecho de que los mejores alumnos se habituaran pronto a esos niveles de complejidad que les han llevado a un mayor desarrollo de formación general. Le ha gustado cambiar de asignaturas y me atrevo a decir que las ha recorrido casi todas, tanto las de corte lingüístico como literario, muy especialmente este último. Sus clases de literatura le llevaron a iniciar un libro sobre *Literatura Griega* de la que dejó muy acabada la etapa arcaica y clásica y que terminará y editará nuestra hija Mª Paz. En sus clases de comentario de textos, la historia, la epigrafía, la arqueología y la numismática, pero también la sociolingüística, eran materias complementarias, como lo han sido en sus últimos trabajos, especialmente en sus volúmenes de *Historia Lingüística de la Península Ibérica*. Restos de esas clases son las diapositivas que se conservan en casa con templos, ágoras, santuarios y urbanismo en general, amén de vasos, muchos vasos griegos con escenas mitológicas y teatrales; y digo que eran de él porque yo siempre utilicé para mis clases las del seminario de Arqueología que eran mucho mejores.

En 1989 quedó libre en Madrid la cátedra de D. Luis Gil y Javier decidió presentarse a la oposición. Aquí compramos una casa que pudiera alojar la biblioteca y por ello hubimos de alejarnos del centro, hasta Las Rozas. La casa con jardín todo alrededor ofrecía la posibilidad de un gran aislamiento al dejar todo el piso bajo para despachos y libros. Estas espléndidas condiciones fueron una gran fortuna porque Javier siempre trabajó muy bien en casa, sobre todo en los últimos años de su vida, y disfrutó plenamente de ese relajado ambiente. Trabajábamos en el mismo despacho en Las Rozas, en dos mesas afrontadas junto a un gran ventanal, situación que facilitaba los comentarios, las preguntas, las críticas y también los cotilleos. Muchas veces no estuvo de acuerdo con mis propuestas, con aquellas en las que la epigrafía se encontraba sobre la numismática; por ejemplo en mis interpretaciones metrológicas de los signos en las monedas ibéricas, y en otras, tras no estarlo, como en la homologación de kaitur = Gador, aprobó mi criterio y me aportó documentación para apuntalar mi interpretación. Fue inmensamente generoso con su tiempo, sus comentarios y su interés en el trabajo de los de la familia, pero me consta que también de los discípulos y colegas. Le gustaba ayudar... en materias científicas y literarias. A los hijos les ha atendido siempre en sus lecturas e intereses a pesar de que los dos últimos, Alejandro y Livia, se han

ido por vías muy distintas a las suyas. Alejandro hizo Físicas y ha terminando dedicándose a Energías Renovables y Livia hizo Biológicas dedicándose hoy a Neurociencia. A ambos les ha escuchado e incluso les ha hecho comentarios sobre esos temas gracias a sus lecturas divulgativas, de las que teníamos una decente biblioteca en casa.

Su pasión primera ha sido la lectura, sin duda la pasión más arraigada, muy especialmente la poesía, pero en realidad cualquier tipo de lectura, fuese científica, literaria o de divulgación. Él mismo ha escrito versos sobre su propia vida, en tono de épica narrativa, plagados de reminiscencias literarias, ello en las dos épocas limítrofes, en la juventud y en sus muy últimos años. Su espléndida memoria facilitaba la capacidad de relación entre ciencia y literatura, fuera ésta del tipo que fuere, y sus intereses pronto le convirtieron en un humanista decimonónico, en el gran sentido de este adjetivo. Era un buen comentarista de textos clásicos y modernos, cualidad demostrada, a parte de en sus trabajos, en las interminables sobremesas familiares en Figueras (Asturias), cuando entre físicos, biólogos, urbanistas, filólogos o historiadores, Javier intervenía en las discusiones apasionadas y sorprendía por la exactitud y cantidad de paralelos y documentos de todas las épocas con los que argumentaba. Gozaba además de la capacidad de aislarse totalmente del entorno y entrar en una nube de la que no era fácil sacarle, por lo que en aquellos meses de verano Javier aprovechaba a fondo su tiempo, aun cuando estuviera rodeado de gente. Era tal su aislamiento que yo nunca confíe en él para cuidar de hijos o nietos, a no ser, y esa era mi súplica, que no tuviera un libro en las manos. Recuerdo mi impresión, ya en Sevilla, cuando al volver a casa, vi en el jardín una montaña de libros que nuestro hijo Alejandro de dos años había ido formando con los que tiraba por la verja del balcón, después de cogerlos de las estanterías del propio despacho donde Javier trabajaba. Cuando subí y pregunté angustiada por el niño, Javier me dijo que había estado muy tranquilo toda la tarde.

Su espíritu inquisitivo y su concepción global de la Historia, le llevó a introducirse más y más en la arqueología, la numismática, pero también en sociolingüística, en antropología..., enfocadas al principio como ciencias auxiliares de la filología, en las que se podría buscar paralelos y comprensión para otros temas filológicos, y así enfocó por ejemplo su primer trabajo numismático, "Las leyendas de las dracmas de imitación emporitana" en 1974. Estudió sus grafías aunque no entró en el problema histórico, étnico, territorial, ni cronológico de la imitación. Pero si leemos sus últimos trabajos veremos un largo camino re-

corrido y cómo desde muy pronto la numismática y, sobre todo la arqueología y la sociolingüística, fueron ciencias en sí que, como la lingüística y la filología, colaboraban en el confección de la Historia. En sus último trabajos sobre la lengua de Tartessos ha estudiado el fenómeno sociológico de la alfabetización, su proceso y su propagación, o antes la necesidad de una lengua común vehicular en culturas en contacto y en mutuo desarrollo comercial, basando siempre sus argumentos en ambientes y cronologías proporcionadas por la cultura material. Es esta concepción global de los procesos históricos, la que le obligó a plantearse una obra mayor, un tratado, como es el de la *Historia Lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad*, concebido en cuatro tomos, de los que han salido dos —Preliminares y mundo meridional prerromano y, el segundo, el mundo ibérico— y dejó ya preparado el tercero —mundo celtibérico— que completará y editará Eugenio Luján, con quien las relaciones de alumno y profesor pasaron ya hace años a ser la de colega y amigo. A nuestro amigo, Francisco Burillo, le había pedido Javier que completara la parte arqueológica de este mundo celtibérico. En esa obra mayor se ha tratado de estructurar y justificar los restos de escrituras y lenguas que los tartessios, íberos, lusitanos, celtíberos... utilizaban, de cómo, dónde y por qué se desarrollan estas lenguas y de cuándo hay préstamos, conexiones onomásticas, morfológicas o, incluso, sintácticas. Javier ha abordado un planteamiento global del ámbito histórico en el que convivieron nuestras lenguas prelatinas y de cómo ellas influyeron en nuestro latín, el latín hispánico. Javier ha trabajado en los balbuceos de lo que se habló en Iberia, en Hispania, antes, durante y después de la presencia romana, cuando ya se nos puede llamar hispanos, es decir, en la primera parte de la historia actual de nuestras lenguas y escrituras.

Este trabajo de Javier, aunque más histórico, es la secuencia del llevado a cabo por Jürgen Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum* en el que nuestro colega alemán había recogido todos los documentos escritos de nuestras lenguas prelatinas y que conforma una obra magna para la historia del español. Se trata de echar una mirada atrás como muy bien hicieron ya Menéndez Pidal, Caro Baroja, Gómez Moreno, Joan Corominas... para rastrear los restos o trozos del mosaico que conformaron las lenguas peninsulares con anterioridad al latín, al latín hispánico, en el que tantos sabores y olores estas lenguas han dejado. Por ello me apena el que a J. Untermann la Academia de la Lengua Española no le ofreciera ni tan siquiera el honor de ser miembro correspondiente, o mejor el mismo honor que la Academia de la Historia dispensara a Hugo Obermaier al nombrarle miembro ordinario.

Javier ha sido un hombre honrado en el más valioso sentido del término, cabal en sus acciones y juicios, una actitud de pureza juvenil que en él fue perdurable, con una inmensa generosidad de juicio respecto a sus colegas, discípulos o amigos. A los colegas los ha elogiado y disfrutaba de sus logros, y recuerdo muchas ocasiones en las que ha vuelto a casa alabando sus éxitos, que no mencionaré por miedo a dejar atrás algunos nombres y otros hechos, cuyo silencio resultaría ofensivo. Sin duda también ha tenido enemigos, pero por poco tiempo porque no era rencoroso.

Y quisiera acabar recordando los últimos meses de su vida, allí en Villadún (Castropol), donde Javier y yo habíamos comprado en 1979 una casa vieja de 100 años, para aislarnos un poco de la casa familiar en la que los hermanos, cuñados, sobrinos y sus intercambios con aprendices del español formaban ya un verdadero *castellum* García y Bellido. La casa de Villadún nos la había comprado Jesús Lens, de nuevo volvía a cruzarse en nuestras vidas, en Granada, donde vivían los dueños originarios. La casa, realmente lejos del mundanal ruido, ha sido durante los inviernos un *desideratum* para Javier que se hacía realidad en los veranos, y el último verano, durante el que había renunciado al tratamiento de quimioterapia, y sobre todo aquel maravilloso mes de septiembre de 2018, disfrutó de su vida de trabajo, del mar, de los paseos aunque, sin duda, todo ello constituía ya una despedida de la vida.